

Desde hace 4 mil años, en el territorio que actualmente comprende el Estado de México, se desarrollaron importantes culturas que formaron ciudades y complejas organizaciones en los órdenes social, religioso, educativo, político y económico. Sus vestigios nos ofrecen una idea muy clara de la veneración y el respeto que tenían por la naturaleza.

Las culturas tolteca, teotihuacana y mexica o azteca también son ejemplos del prodigioso desarrollo alcanzado en materia de astronomía, lo que permitió, entre otros avances, la creación de un calendario más preciso que el utilizado en Europa casi 500 años después.

En la zona oriente de nuestro estado se encuentra un sitio que confirma este progreso: el Monte Tláloc. Se trata de la zona arqueológica más alta del mundo (4 mil 150 metros sobre el nivel del mar), donde se construyó un gigantesco oráculo ceremonial en honor justamente de Tláloc, el dios de la lluvia. Las ceremonias que allí se celebraban son una muestra de su compleja cosmovisión. Es innegable que el dios Tláloc fue para los antiguos mexicanos una de las deidades más importantes y respetadas.

La principal celebración en su honor ocurría aproximadamente entre el 15 de abril y el 1° de mayo de nuestro actual calendario, fiesta anual que marcaba el inicio de la temporada de lluvias, cuando toda la élite gobernante acudía con ofrendas, a fin de invocar un año de abundantes lluvias para los cultivos.

Ahí mismo, a principios de febrero, cuando los cielos están despejados, los eruditos ascendían al templo para verificar sus cálculos, mediante la observación del paisaje y los efectos ópticos que produce el alineamiento del Pico de Orizaba y La Malinche.

Estas actividades demuestran que las culturas milenarias del centro del país lograron concebir la interrelación entre los eventos climáticos, los astros y la agricultura. Con gran capacidad de observación, fueron capaces de pronosticar y anunciar oportunamente la llegada de la lluvia generosa o las fatalidades de su escasez.

Los mexiquenses somos herederos de esos conocimientos y valores; preservarlos con acciones concretas se convierte en un deber para ésta y las futuras generaciones. El objetivo es rescatar y valorar nuestro pasado, fomentar nuestra identidad y, sobre todo, promover una relación más íntima, respetuosa y cotidiana con la naturaleza.

El proyecto Tláloc conlleva la reconstrucción de esta zona arqueológica, así como la instalación de una Estación de Investigación y Monitoreo Ambiental, para significar el factor astronómico y climatológico, como la razón básica de la existencia de este paraje sagrado.

Hago votos por que la publicación que tiene en sus manos contribuya a la revaloración de esta zona arqueológica, pero sobre todo al impulso de una nueva cultura ambiental, tan fundamental para nuestro futuro como en el pasado lo fue para los antiguos mexicanos.

I. Presentación	6
II. Introducción	8
III. La Montaña Sagrada	11
IV. El Tlalocan	31
V. La Casa del Agua	47
VI. El Ropaje de Tláloc	65
VII. Los Guardianes del Bosque	83
VIII. El Legado Cultural de Tláloc	95